

nuestras Iglesias, que son sus sucesores; y de los fosores, tenemos á los sepultureros; mas ninguno de ambos son ordenados para este fin; pues se ha de notar asimismo, que los tres oficios mencionados, correspondientes á las referidas órdenes no fueron universalmente reconocidos; por cuya causa, unida á otras que la Iglesia tocó por sí misma, no se conservan en nuestros días. ¡Ojalá que los sepultureros contemporáneos fuesen clérigos designados por la Iglesia para tal ministerio, ó al menos probados católicos, y no tendríamos la desgracia de ver con tristeza nuestros cementerios cristianos puestos en manos de legos, quizá no católicos, y de la dirección civil que, en general, ha usurpado la jurisdicción eclesiástica sólo por violencia y contra todo derecho!

62. Finalmente, los tonsurados, últimos del ministerio eclesiástico, son clérigos que por el rito que empleó el obispo al tonsurarles, les puso en el gremio del clero; no son ordenados, porque la tonsura no es orden, sino más bien preparación para recibir las órdenes. Algunos la remontan hasta el Príncipe de los apóstoles; pero sea de ello lo que fuere, lo cierto es que la costumbre de llevar rasurada la cabeza en forma de corona se remonta al principio de la Iglesia.

CAPÍTULO V

SUMARIO

- 63.** Ornamentos sagrados necesarios para celebrar el Sacrificio.—
64. ¿Se usaron desde los apóstoles?—Sus especies: *Comunes á los obispos, presbíteros y ministros*:—**65.** Ámulo.—**66.** Alba.—
67. Cingulo.—**68.** Manipulo.—**69.** Estola ú Orario.—**70.** Capa pluvial.—*Comunes á los dos primeros*:—**71.** Casulla ó Planeta.—*Comunes á los obispos y ministros*:—**72.** Dalmática.—*Exclusivos de los obispos*:—**73.** Calzas y sandalias.—**74.** Cruz pectoral.—**75.** Túnica; Precintorio; Oral.—**76.** Guantes.—**77.** Anillo.—**78.** Mitra y báculo.—**79.** Palio arzobispal y patriarcal.—**80.** Vestidura sagrada de los clérigos inferiores.—**81.** Colores de los ornamentos sagrados.—**82.** Dónde se custodiaban antiguamente?

63. Si probado está que los hombres se mueven al aprecio y veneración de las personas y objetos por la encantadora hermosura que admiran en ellos; si es cierto que nuestros exteriores sentidos, al contemplar la variada y uniforme pintura de las imágenes, transmiten á los interiores las dulces impresiones que les causaran al mirarlas, sitiéndose como atraídos suavemente hacia ellas; la Iglesia de Jesucristo que, no podía por menos de emplear todos los medios que estuvieran á su alcance para atraer los humanos corazones hacia su divino Esposo, dispuso con celebrada prudencia que su aparato exterior cautivara los ojos de los mortales, á fin de que éstos, transmitiendo al alma las sua-

ves impresiones que sintieran al contemplarlo, se movieran á actos de devoción y alabanza al Eterno. Puesto que la Iglesia vive siempre inspirada por el Espíritu Santo, ¿qué no había de disponer en lo concerniente á las vestiduras sagradas sino seguir en un todo las seguras huellas que le marcara su Fundador? Voluntad de este gran Soberano en la ley antigua (1) fué que el sumo sacerdote Aarón, sus hijos y los descendientes de ellos en el ministerio, para gloria del Altísimo y para hermosura de la sin par dignidad sacerdotal, vistiesen riquísimos ornamentos sagrados. El oro, el jacinto, la púrpura, la grana, el lino fino y las piedras preciosas eran la materia de que debían labrarse, y los más lindos artifices de aquellos tiempos, los que por mandato expreso del Señor debían de componerlos. En suma, tanta admiración debían de causar en el pueblo escogido las vestiduras sagradas, que el mismo Dios preceptuó al caudillo de Israel que para su afecto, incrustara debajo de la túnica de jacinto unas campanillas de oro, con objeto de que al entrar y salir el sacerdote en el santuario del Señor se percibiese su paso. Á la verdad; si tanto respeto se ha guardado en todos tiempos á los sacerdotes y á los objetos del culto divino, débese en gran parte á los ornamentos sagrados de que estaban revestidos; porque con éstos el sacerdote no parece hombre sino un delegado ó representante de Dios en la tierra, como lo es en efecto.

No hay más que registrar la historia y hallaremos que, tanto los sacerdotes paganos como los del pueblo escogido, incluso los de la ley de Gracia, infunden temor y reverencia indecibles á cuantos les contemplan revestidos de estos sagrados ornamentos. ¡Ah! y, ¿cuántas violencias no ha reprimido en todos tiempos la presencia de un ministro de Dios, al usar semejantes vestiduras? Por ellas, el pueblo ha aprendido á conocer á sus sacerdotes y pastores; teme obrar indecentemente delante de sus padres espirituales; cobran aliento los fieles en la práctica de las buenas obras;

(1) Exod. cap. 28.

se enaltece á la religión y á sus miembros; y finalmente, se da al Eterno un culto digno de su excelsa realeza.

61. Pero entremos á consignar algo de cada una de las vestiduras sagradas. Antes, no obstante, conviene declarar si en efecto se usaron desde los tiempos apostólicos. Sobre este punto, existen dos opiniones bastante probables, inclinándose la primera á la parte negativa y la segunda á su contraria. Pero á mi modo de ver, parece que hay bastantes datos para que se pueda dar asenso á la segunda; porque la primera posee únicamente á su favor, el que los escritores de los primeros siglos no dan noticia alguna de este asunto, argumento que tiene escaso ó ningún valor. En la otra opinión militan razones naturales y positivas. Nadie creerá que los apóstoles y demás discípulos del Señor celebrasen los santos misterios con la misma ropa que usaban en los ejercicios manuales, pues á no estar privados de poder obtenerla, es cierto que tratarían las cosas santas cual merecen, tanto más cuanto que había sido ordenado en la ley antigua. Pero se replicará que la antigua ley había cesado; á lo cual responderé que no había cesado en todo, y en cuanto al asunto de que tratamos, diré con S. Agustín, que las leyes del sacerdocio levítico fueron eternas, porque anunciaban y representaban lo que pertenecía al sacerdocio perpetuo de Jesucristo. Por lo tanto, es esta una razón bastante poderosa para creer que los apóstoles, fieles en practicar las leyes prescriptas, las pondrían en uso, según lo permitieran las circunstancias de los lugares y de la riqueza ó pobreza. Sabido es también que S. Pablo (1), en su carta á Timoteo le dice que cuando viniese á verle trajese consigo el *capote* que el mismo Apóstol había dejado en la casa de Carpo, residente en Troas. Este capote, según algunos intérpretes, y entre ellos el cardenal Bona (2), es la vestidura exterior que el Apóstol usaba para celebrar el Santo Sacrificio, aunque otros dicen que era una pieza de ropa para contrarrestar las inclemencias del tiempo.

(1) II Timot. cap. 4.

(2) Rerum liturg. lib. I, cap. 5.º §. II.

Además; el Concilio de Trento afirma que el uso de las vestiduras sagradas es de disciplina y tradición apostólicas (1). Y ciertamente; aunque los apóstoles y sacerdotes de los tres primeros siglos no poseyesen ornamentos iguales en forma y color al modo que los usamos en nuestros días, no obstante, empleaban otros semejantes á los nuestros y en su esencia iguales; pues se ha de notar que nuestras vestiduras sagradas son los mismos ornamentos que en la antigüedad vestían los seglares nobles; éstos los abandonaron con el tiempo, y como la Iglesia usaba ya algunos de ellos durante las persecuciones por no causar al mundo extrañeza en el vestido, de ahí que al llegar el tiempo de la paz, determinó conservarlos, siendo esta la causa de que en nuestros tiempos los ornamentos sacerdotales sean vestiduras á la romana. Desde el siglo IV, es cuando empiezan los escritores eclesiásticos á hacer mención de los sagrados ornamentos, como puede observarse en Eusebio (2), S. Jerónimo (3) y otros. El primero (4) hace mención de la lámina ó mitra que llevaba S. Juan Evangelista, según refiere Policrates, obispo de Éfeso, de lo cual se infiere un buen testimonio á nuestro favor; y el cardenal Bona (5) habla de un decreto del papa S. Esteban I, sacado de Anastasio, que ordena que los sacerdotes y levitas no usen los vestidos sagrados para las cosas ordinarias, sino únicamente en el templo.

65. *Amito.* El primero de todos los ornamentos destinados al culto divino es el *amito*, correspondiente á lo que los sacerdotes de la Iglesia griega llamaban *superhumeral*, y que en el hebreo no es otra cosa que el *Ephod*. En la antigua ley había dos clases de *amitos*. La primera, usada exclusivamente por los sumos sacerdotes, era de oro, jacinto y otros colores; la segunda, empleada por los demás sacerdotes y levitas, era de lino fino; ambos cubrían el cue-

(1) Sess. 22, cap. V.

(2) Hist. 10, 4.

(3) Sobre el cap. 4.º de Ezequiel.

(4) Hist. lib. 3.º, cap. 31.

(5) Rerum litug. lib. I, cap. 24.

llo, parte de la espalda, y el pecho. Esta última fué usada por los apóstoles y sus sucesores. Antiguamente, el amito se ponía después del alba, al modo que ahora lo usan los maronitas, mas en la actualidad se coloca antes de ella. Tiene en el centro una cruz á fin de que la bese el sacerdote antes de imponérselo, porque desde el tiempo del pontífice S. Marcos, se fijaron cruces en todos los ornamentos sacerdotales, costumbre que subsiste todavía en nuestros días en sólo tres ornamentos, á saber: en el mencionado amito, la estola y manípulo. El amito significa el velo con que los judíos cubrieron los ojos del Salvador, cuando, hiriéndole con la caña, le decían: «Adivina quién te dió».

66. *Alba* es una túnica talar blanca, llamada entre los griegos *podas*, porque llega hasta los pies. Su origen se remonta al Antiguo Testamento, cuando Dios mandó que el sacerdote se revistiese de una túnica talar de jacinto. La santa Iglesia la adoptó también, aunque escogió el color blanco, para indicar la puridad de conciencia que debe poseer el sacerdote al ofrecer el santo Sacrificio. Era llamada también camisa, por ser de la hechura y color que usan la generalidad de las personas. Las mangas de nuestras albas son estrechas en su parte inferior, á fin de que los brazos del sacerdote no queden descubiertos al ser levantados; están además adornadas, porque se hallan muy cerca de los sagrados misterios, y así debe ser, ya que, según dice Durando, lo manifestó el Señor á S. Martín, arzobispo de Turín. El alba simboliza la vestidura blanca que el impío Herodes hizo poner á Nuestro Señor Jesucristo.

67. El *cíngulo*, que trae su origen del verbo latino *cingo*, ceñir y es llamado *zona* entre los griegos, sirve para sujetar el alba al rededor del cuerpo. Los antiguos romanos y cuantos llevaban túnica sujetábanse ésta del modo dicho; pero su cíngulo, así como el del sumo sacerdote de la antigua Ley era más ancho que el nuestro, en confirmación de lo cual dice Josefo que el del sumo sacerdote tenía cuatro dedos de anchura. La Iglesia católica, al adoptar el alba no tuvo inconveniente de admitir el cíngulo, tanto más cuanto

que este ornamento deja al celebrante y ministros *más expeditos* para ejercer sus respectivas funciones. Había cíngulos de varios colores, algunos bordados en oro y plata, y enriquecidos con piedras preciosas. Pero desde el siglo XVI los vemos reducidos al estado de doble cuerda, según se usan ahora. Simbolizan los cordeles con que ataron al Redentor del mundo.

68. En la ley antigua no encontramos vestigio alguno del *Manípulo*; trae su origen no obstante, de un lienzo largo y estrecho que los antiguos llevaban colgado al brazo para limpiarse el rostro y las manos, y la primitiva Iglesia que comprendía muy bien que esta vestidura no vendría mal para que los sacerdotes la usasen en el santo Sacrificio, la adoptó para el mismo fin; corresponde al pañuelo que los sacerdotes se atan al cíngulo. De aquí puede deducirse que, estando este lienzo en el brazo cerca de la mano, se le quedase el nombre que lleva. Sin embargo no era un ornamento sagrado, sino una pieza que desempeñaba el oficio del mencionado pañuelo. Desde el siglo VI empezaron algunas Iglesias á llevarlo sobre el brazo izquierdo, en señal de honor, pero su uso estaba reservado solamente á los sacerdotes. En el siglo IX fué concedido á los diáconos, y dos siglos después á los subdiáconos. Por estos tiempos comenzaron á ser adornados los manípulos con bordados de oro, plata y de varios colores, al uso de la estola y casulla, costumbre que aun subsiste en nuestros días; mas se ha de notar que ahora es más ancho y más corto que en aquellos tiempos. El Manípulo representa la soga con que los hebreos ataron á Nuestro Señor Jesucristo á la columna para azotarle.

69. *Estola.* Dispútase entre los liturgistas cuál sería en la antigüedad la naturaleza de este vestido, pero por no detenernos en examinar las razones más ó menos fuertes de cada opinión diré que esta pieza debía ser sin duda la túnica de las matronas romanas, las cuales llevaban al rededor del cuello de su túnica un bordado que colgaba hasta las rodillas. Algunos emperadores afeminados, como Marco An-

tonio y Calígula, adoptando únicamente el bordado mencionado, lo llevaban cosido á su toga en la misma forma que lo llevaban las matronas. De los soberanos pasó á los magnates y al pueblo, llegando á constituir al poco tiempo el vestido de ambos sexos. La Iglesia suprimió después el resto de la túnica y quedóse con el bordado, que venía á ser un ornamento como el estolón de nuestros tiempos, según se descubre en algunas efigies de S. Pedro y S. Pablo, los cuales están puestos en actitud de orar: de aquí tal vez el nombre de *orario* que se le dió en la antigüedad á la estola. Que ésta fuese dispuesta al modo del estolón dicho, no fué del todo general, pues la que Constantino envió á S. Macario, obispo de Jerusalén, y de la que éste se servía para administrar el bautismo, era una túnica entera, tejida con hilos de oro. Con el tiempo se redujeron las dimensiones de la estola, pero sin tener la figura de cono truncado que ahora tiene en sus extremos.

En el siglo IV es cuando la Iglesia enumeró á la estola entre sus vestiduras sagradas; hasta entonces había sido común á los seglares, pero á partir de este tiempo se reservó á los ministros de la Iglesia. No solamente los obispos, presbíteros y diáconos usaban de este ornamento, sino que los subdiáconos y lectores se arrogaron también el derecho de llevarla, uso que prohibió el Concilio de Laodicea, celebrado hacia el año 366; pero este decreto no impidió que algunos de aquéllos lo infringiesen, lo que obligó á S. Gregorio el Grande á renovarle, juntamente con la prohibición de llevar casulla los acólitos; que poco antes se les había concedido.

Puesto que la estola es común á los tres superiores grados de la jerarquía eclesiástica, la Iglesia, no obstante, marcó una diferencia esencial en el modo de vestirla cada uno de los mismos. Los obispos y presbíteros la colocan en la parte posterior del cuello, de modo que cuelguen sus extremidades sobre el pecho; mas con notable diferencia, porque aquéllos la dejan caer rectamente hasta las rodillas y éstos la cruzan sobre el pecho. En los primeros simboliza, según

Lobera, (1) la fortaleza de ánimo que tuvo Nuestro Señor Jesucristo tanto en lo próspero como en lo adverso, de la cual se deben revestir los Pastores de la Iglesia; y en los segundos representa la Pasión y muerte del Señor, cuya memoria han de llevar los presbíteros en su corazón. Los diáconos la llevan sobre el hombro izquierdo, puesta en forma de banda sobre el pecho, para denotar que son inferiores á los presbíteros y á fin de tener el otro hombro expedito para ayudar al presbítero. El diácono maronita la lleva colocada sobre un hombro, dejando colgar sus extremidades hasta las rodillas. La estola, puesta en sus tres distintos modos, significa las varias ataduras con que amarraron á Nuestro Señor en su Pasión; y el sacerdote, vestido con ella, denota la mansedumbre y humildad del Salvador en todos los terribles trances de sus penas.

20. *Capa pluvial*, es un indumento común á los obispos, presbíteros y ministros, y consiste en una pieza semicircular por la parte inferior y rectilínea por la superior, que es puesta sobre los hombros, dejando sobre el pecho una larga abertura. Es llamada pluvial, porque antiguamente la usaban los sacerdotes para defenderse de las lluvias, y tenía en la parte de arriba una capucha de la que hoy día todavía quedan vestigios. Tuvo su origen en aquella vestidura del sumo sacerdote Aarón que por abajo la rodeaban granadas de jacinto y púrpura y campanillas de oro. Semejante á ésta, Guillermo, rey de Inglaterra, envió una capa bordada en oro y adornada con piedras preciosas, al santo Hugón, abad de Cluni. Después de muchos años recibió la capa varias modificaciones accidentales, de las que no está exenta ni aún en nuestros días. Este ornamento es el que usan los griegos en la celebración del Santo Sacrificio en lugar de la casulla.

21 En la antigüedad, la *Casulla* ó *planeta* era un vestido redondo, talar, cerrado en todas sus partes, menos por una abertura que había en el centro para introducir la cabeza;

(1) El por qué de las ceremon. Trat. 1.º cap. 14.

se llamaba también *pénula*. Era un preservativo de las lluvias y demás inclemencias del tiempo, y lo usaban desde los más nobles hasta los más villanos. Común á ambos sexos, se llevaba en los viajes; al principio era de lana basta y hasta de cuero, pero con el tiempo empezó á fabricarse de materias finas y lujosas; el pueblo ínfimo se contentaba con tenerla más pobre, pues no se extendían á más sus recursos. Cuando todavía estaba vigente una moda semejante, la Iglesia la adoptó para usarla en las funciones de los santos Misterios, de manera que los sacerdotes se cubrían enteramente con ella, pero habían de recogerla entre el brazo y el pecho para poder celebrar libremente. Al principio era común á todos los ministros, costumbre que subsistió hasta el siglo VI.

Más tarde se hicieron estas pénulas algo más estrechas y algunas terminaban en punta por delante y detrás del sacerdote; con el tiempo se estrecharon todavía más, de lo cual se originó que los ministros hubiesen de levantar la casulla al tiempo que el celebrante levantaba la Hostia y el Cáliz, práctica que aun persiste en nuestros días.

Fué enumerada entre los ornamentos sagrados después del alba, estola y dalmática; y cuando los fieles conocieron que semejante vestidura debía ser el ornato exterior del celebrante y ministros, procuraron enriquecerla, fabricándolas de plata y oro, engastándole piedras preciosas y bordando las imágenes de Nuestro Señor, de la Virgen y de los obispos pertenecientes á la Iglesia, de la cual era la casulla.

La casulla representa el roto vestido de púrpura que los soldados colocaron sobre los hombros de Cristo, nuestro Bien, para constituírle rey de burlas.

22. Al hablar de la *Dalmática* debemos prevenir que las hay de tres clases, á saber: de los obispos, diáconos y subdiáconos, esta última más propiamente se denomina *tunicela*. En general, la dalmática era un indumento semejante á la túnica aunque más largo, pues llegaba hasta los pies y con mangas anchas que tocaban el codo. Su origen viene